

Mi Viaje a Paris
con el "Orfeó Catalá"

José Ma Virgili

MI VIAJE A PARIS

con el " Orfeo Catalá "

2 junio a 10 junio

Masmon 11 de Jet

Barcelona 1952

El por que de mi viaje

Muchas veces hablando de la posibilidad de poder ir a la capital de la vecina república había manifestado con cierto desdén: "No me interesa ir a París. Es una ciudad más grande que Barcelona y pocas cosas me diría de nuevo. En cambio, Roma, Tierra Santa, eso sí que me atrae."

Pero a últimos de abril llegó a mis oídos la noticia que nuestro glorioso "Orfeo Catalá" iba a París y la cosa cambió de aspecto. Y es que me decía: "Sería delicioso para el espíritu oír cantar en la capital del mundo el "Noi de la Mare" o bien el "Compte l'Arnau"

Esta idea fué hurgando en mi cerebro y me propuse darle estado material. En efecto, me informé debidamente y resultó que mi compañía estaba vedada. Para ir a París era indispensable ser socio con un año de anterioridad.

A pesar de lo cual, me pareció conveniente dar algunos consejos al Maestro Millet, director del "Orfeo Catalá" y le puse una carta en que le decía: Que para obtener un éxito en París había de preparar convenientemente la opinión, ya que presentarse en París con las manos en el bolsillo, era exponerse a un fracaso rotundo. Y le contaba lo que hizo Fle-ta al presentarse por vez primera a Barcelona. Y terminaba expresando la felicidad de aquellas personas que podrían acompañar al "Orfeo" en su gira artística.

Nunca pensé que esta carta pudiese merecer una contestación. Júzguese mi sorpresa cuando el cartero me trae un buen día la siguiente misiva, fechada el 18 de marzo de 1952:

"Rebuda la vostra del 13 d'aquest mes i, certament, l'anada a París de l'Orfeo Catalá serà un fet, si Déu plau, per els dies 2 al 10 de juny. Molt agrait als vostres consells, i com sia que com ja sabreu prou, no

és la primera vegada que l'Orfeo va a París, i a més hi ha un nucli a la capital de França de bons amics de la nostra entitat que cuidaran prou bé de tot lo relacionat en l'ambientar degudament els tres concerts que pensem donar-hi, no deixarem descuidada una part tan interessant com es la propaganda.

"La vostra idea de que siguin el més possible els que puguin acompanyar als nostres cantaires en laseva excursió a París, ja la prè realitat i seran molts que aprofitanso d'aquesta avinentesa per a fer costat als nostres orfeonistes. Oberta la inscripció per aquest viatge, son molts els que s'han inscrit ja i molt em plauria que vós poguessiu venir i ésser comptat entre els que ens acompanyaran, ja que tant entusiasme mostreu per fer-ho. En l'Administració de l'Orfeo us seran facilitats tots els detalls i condicions per aquest viatge.

"Aprofito aquesta ocasió per a saludar-vos atentament. Lluís Ma Millet"

No más faltaba esta carta tan afectuosa para acabar de enardecerme. Inmediatamente me puse en contacto con Carlos, administrador de la entidad y después de realizar varias gestiones, quedé inscrito como acompañante del Orfeo.

El día de la marcha era el lunes de Pascua, es decir el 2 de junio, o sea el día siguiente de haber clausurado las fiestas del Congreso Eucarístico Internacional, tan memorable en todos los aspectos, para los católicos barceloneses. A las 11.50 salía nuestro tren de la estación de Francia. Yo llegué con la antelación necesaria, pero de pronto me acuerdo que me había olvidado de traer el carnet con todos los cupones del viaje, indispensables para recoger las bolsas de la comida, autocards, etc. Titubeo un instante, miro mi reloj y subo al primer taxi que pasa.

-A la calle Santa Ana, pero volando que voy a perder el tren.

En pocos minutos llegamos a mi domicilio, subo en el piso y... desgra-

ciadamente, no encuentro en ninguna parte lo que deseaba. Sin perder tiempo, subo nuevamente al mismo taxi y le mando que me lleve otra vez a la estacion. Miro el reloj y con trizteza veo como las minuterías van avanzando. Faltan unos minutos y por poco que me descuide, voy a perder el tren y, lo que es más sensible, el viaje.

Pero donde habré metido el carnet? Con toda la fe de mi alma rezo un triduo a Santa Gema y, antes de terminarlo, la Santa ya me había sugerido la solución. En efecto. Habro la maleta y en la tapa interior de la misma había como una especie de carterita. La abro con desconfianza y allí encuentro lo que tanto buscaba.

Llegué muy justito, pero lo que me salvó, es que el tren aun no se había formado. Todas las personas inscrites estaban allí esperando, llevando su bolsa de viaje. Procuré informarme en donde las repartían y me contestaron :

- En el restauzan. Allí a mano izquierda.

Me dirijo al lugar indicado y solicito mi bolsa y me dicen :

-!Pero si el tren ya se ha marchado!

- No, señor, el tren aun no se ha formado. Deme la bolsa.

- Ya están todas repartidas, pero las sobrantes las he entregado a la Junta del "Orfeo"

Me voy decepcionado. En uno de los muelles hay centenares de personas y entre ellas descubro a mi hermana Magda con su marido.

- Pero dónde te habías metido? !Cuanto nos has hecho sufrir!

Intento explicarles mi calvario, pero con el barullo que hay es imposible entendernos. Al fin llega nuestro tren y todo el mundo se lanza al asalto de los vagones. Yo y mis hermanos hacemos lo mismo, y despues de mucho bucear, encuentro un asiento del que tomo posesión. Mi hermana está un poco intranquila, por lo que toman el partido de apearse del tren. A los pocos minutos empieza a marchar y es entonces que entre aquella multitud que hay en tierra observo que pasa la cabecita rubia de mi amiga Elvira, que me había prometido venir por poco que le fuera posible. Salgo

a la ventanilla para llamarla, pero ya se ha hecho escurridiza y por más que miro y remiro, me es imposible dar con ella. Comprendo que ella iba azarada buscandome, pero con tanto gentío le fué imposible localizarme. Fué la nota triste de mi viaje, ya que comprendo que la pobrecita hizo un sacrificio para venir a despedirme.

El tren empieza a salir de los suburbios y entonces mi tarea es encontrar a la Junta del "Orfeo" para que me entregue la bolsa con mi cena. Me aseguran que está aposentada en el primer vagón y allá me dirijo, pasando plataformas y pasarelas. Al pasar por un vagón, unas voces femeninas me llaman cariñosamente. Vuelvo la cabeza y descubro la simpática hermana de mi buen amigo Dr. Monserrat, canónigo penitenciario de nuestra catedral y su lindísima hija.

- ¿Dónde vá tan preocupado?

- ¡A buscar mi cena!

Y en pocas palabras les explico mi situación. Continuo recorriendo vagones y cuando llegaba al primero, me sale al encuentro Carlos, el administrador del "Orfeo" y le explico lo que deseo. Seguidamente vá a buscar la bolsa y al entregármela, me preparo para arrancar la hoja. Estamos en plena plataforma y sopla un viento de mil diablos. Entre los dos sostenemos el carnet, pero en aquel momento, sopla una ráfaga de viento, y el carnet, raudo como una golondrina se lo lleva el viento.

A dónde? "¡Chi lo sa!".

Quedo triste y con el rostro avinagrado, pero Carlos me aconseja que no me desespere, que todo se arreglará.

Vuelvo a mi asiento que en aquel momento está rodeado de chiquillos todos orfeonistas. El viaje no tiene para mi nada de particular, pues casi lo sé de memoria. Llegamos a Gerbere, cambiamos de tren. Compruebo que hemos ganado en calidad. Compartimientos alegres, pintados de tonos claros, con frisos en los que se exhiben fotografías de Francia, combinados con espejos que son utilizados con deleite por todas las señoras.

Pasamos aquellas conocidas marismas llenas de sal, y mas tarde despachamos nuestro "pannier". Es un momento delicioso que todo el mundo espera con ilusión, que habrá dentro aquella caja de Pandora? Muchas cosas y por cierto, muy sabrosas. Una tortilla delicadamente envuelta en papel parafinado, un buen pedazo de jamón, dos barritas de pan, un par de huevos duros, un quesito de Gervais, un plátano y una botella de agua mineral y otra de vino tinto. Cenamos con buen apetito y después de un rato de tertulia, nos preparamos para descansar. Pero antes pregunto a una señora que llevaba dos niños orfeonistas y que ya había adivinado tenía sentimientos religiosos :

- No le gustaría rezar el santo Rosario?

- Ya lo creo

Y dirigiéndome al único varón que nos acompañaba de unos 65 años de edad, le digo :

- Pues si Vd. no tiene ningún inconveniente vamos a rezar el Rosario

- Para mí, ya pueden rezarlo.

Comprendí que la cosa no era muy de su gusto y su esposa que también lo advirtió le dijo :

- Tú, Miguel, podrías salir por el pasillo a tomar el aire.

El hombre obedeció y nosotros empezamos el Rosario, llevando yo las cuentas.

Después, nos preparamos para dormir, y yo según costumbre, me engullí 10 pastillas de Nervo Tona, que a los pocos momentos me llevaron en brazos de Morfeo. Y así, durmiendo pasé la noche, hasta las seis de la madrugada que me desperté, fresquito como una rosa. Y a las ocho y media entramos en París por la estación de Austerlitz. Entrega de maletas y seguidamente subimos en hermosos autocars que en veinte minutos nos trasladaron a nuestros respectivos hoteles. A mí me corresponde pernoctar en el hotel Ocean, en una travesía de la rue Lafayette. Entramos y entonces viene la tarea de colocar toda la gente en su respectivo cobijo. Por

fin me corresponde a mí y me adjudican la habitación 130 situada en el sexto piso. Suerte que hay ascensor.

Me dispongo a tomar posesión de mi cuarto, pero antes procuro localizar el water, pero por más que busco, no lo encuentro. En aquel momento aparece un hombre con cabello rubio, pantalón caqui y en mangas de camisa y yo supongo será un empleado del hotel, y le digo :

- Savez vous ou est il le water?

Aquel hombre me mira, pero se calla como un muerto.

- Le lababo insisto yo.

Inútil aquel hombre parece una esfinge.

- Le retrete, la comune ...

Me mira impasible y sin decir palabra, abre la puerta de una habitación y se mete dentro. Este hombre es un imbecil, piendo yo y metiéndome en mi aposento cojo un lápiz y dibujo lo mejor que puedo un water, incluso con la cadenilla de soltar el agua. Y salgo al pasillo para interrogar al primero que se presente. Y, ¡oh felicidad! en aquel momento se abre una puerta y aparece el mismo hombre que antes. Y poniéndole el dibujo ante sus narices le digo:

- Voici ce que je desire!

Y aquel hombre esfinge, me mira con cara de idiota y sin hacer ningún movimiento en su cara, vuelve nuevamente a meterse en su habitación.

Quede tan admirado que no sabía si llorar o reír. Más tarde me fué posible descubrir el motivo de aquella actitud. Aquel hombre impasible, frío como un témpano de hielo, no era ningún empleado del hotel. Era sencillamente un soldado inglés. Y según me dijo mi interlocutor esta gente son lo más imbecil de la tierra.

Voy a tomar posesión de mi cuarto. Tiene cinco metros de ancho por otros tantos de longitud, lo cual quiere decir que es una pieza cuadrada. Tiene cama de matrimonio, dos sillas, armario luna, mesita de noche y otra para escribir. Una ventana por la que se divisan algunos terrados de París con muchos depósitos de agua, pero no de zinc, sino de tierra cocida. En

la entrada hay un pequeño cuartito con el lavabo, con agua fría y caliente. El conjunto no está mal. Abro mi maleta y coloco las cosas en su sitio respectivo y seguidamente me dispongo a tomar el desayuno, que ya es hora de hacerlo.

Bajo al comedor que está completamente lleno de orfeonistas. Recibo en luz de la calle por un amplio ventanal, a pesar de lo cual, hay multitud de lamparitas encendidas con su pantalla roja que ornamentan perfectamente la estancia.

Nos dan para matar el hambre: café con leche, mantequilla, mermelada y un croixant. Como con verdadero apetito y después vuelvo a mi nido, donde me afeito y examino los diferentes planos de París que me han regalado. Así llegamos a la hora de almorzar. Con una campana que una camarera va sonando nos avisan de que la mesa está servida.

Entro al comedor y una señora me saluda afectuosamente. Procuro hacer memoria y resulta que es María Arnó de la Cámara del Libro de Barcelona. En seguida me felicita por mi libro "Memorias de un aprendiz de pastelero" Y yo le digo riendo:

- ¡Pero si no las ha leído!

Y un señor que la acompaña, y que resulta ser su esposo, me replica cariñosamente:

- No solamente las ha leído ella, sino que en casa, las hemos leído todos. Confieso que están muy bien y por este motivo también le doy mi felicitación.

Empezamos la comida. Nos dan: Puré, entremeses, carne con patatas y fresas por postre.

No está mal, pero para redondear la cosa pido una botella de vino. Lo pruebo y tampoco está mal. Lo que no me place es el precio: 250 Frs. que representan unas 35.- ptas. y esto que sólo contiene 3/4 de litro.

Terminada la refracción, voy a descansar unos momentos y después salgo a la calle, pues quiero adquirir francos ya que no dispongo de ninguno y aún tengo que liquidar la botella de vino. Cerca del hotel hay una casa

de Banca y allí me sitúo para hacer la compra, pero me indican que no pueden hacer operaciones de esta clase y que tengo que dirigirme a la casa central, situada en otra calle.

Como no estoy dispuesto a ir por París preguntando como un infeliz provinciano, me dirijo a un chofer y le muestro un papel donde consta la dirección. Me mira con cara de tonto, y no sé lo que me dice. Pero comprendo que no le dá la gana de ir donde le indico. Busco otro chofer más comprensible y en el acto baja la bandera cosa que demuestra que no hay inconveniente en llevarme. Subo al taxi y a los pocos minutos nos situamos ante la fachada de una Sociedad Bancaria de bastante importancia, según parece. Solicito a una señorita el tipo de cambio para adquirir francos y pronto nos entendemos. Con quinientas pesetas me entregan 3.875 francos. Ya soy feliz, ya puedo darme la gran vida con esta fortuna. ¡Desgraciado que lo intentara! Con los francos que me han dado seguramente que no podría ir a cenar en un restaurant de postín. Pero no tengais miedo, no haré tal calaverada y administraré estos francos como si fuesen oro en paño.

A las cinco viene el autocar que nos lleva al Hotel de Ville, que es lo mismo que decir Casa de la Ciudad. Magnífico edificio. De mármol blanco y jaspes de color son las escalinatas. Salas estupendas con abundancia de lamparas que han encendido para nosotros y muchos espejos que llegan hasta el suelo y amplifican la estancia.

Yo creía que nos hubiera recibido el alcalde de París o algún regidor, pero no hay nada de esto. Nos hace los honores una señora con cabellos blancos y que según parece, es una concejala.

Nuestro "Orfeo" canta dos piezas y seguidamente bajamos a la calle donde impresionan algunas fotografías. Inútil decir que yo quedo al margen, ya que no soy orfeonista.

Volvemos al hotel donde nos esperan para cenar. Antes subo a mi dormi-

torio donde con toda tranquilidad, y apartado del mundanal ruido rezo el Santo Rosario y demás devociones anejas.

La cena se compone de : Puré de patatas y zanahorias, muy rico, patatas fritas y carne asada, queso y plátanos, todo esto regado con aquel vino que voy saboreando a pequeñas dosis.

Después de comer, salgo con unas cuantas chicas a dar una vuelta por la manzana. Vienen las Agell y también Ramona, una amiga de mi hermana, pero como la presentación se hace en plena obscuridad de la calle no llego a percibir sus facciones. Vamos dando vueltas y pasamos ante el "Follies bergere" y una de aquellas niñas, me dice que le gustaría entrar.

- No puede ser, hija mía.

- Por qué?

- Porque no está bien.

- Eso es lo que querría que me explicasen.

- Pues ya se lo diré. Seguramente que saldrían muchas señoras vestidas a la fresca... P

- Pues con el calor que hace me parece que no estaría mal.

Pero pronto damos media vuelta y antes de las 11 ya estamos otra vez en el hotel. Con la ayuda del ascensor, que dicho sea de paso, sólo me conduce hasta el piso quinto, me meto en mi cobacha y más pronto de lo que esperaba me entrego en brazos de Morfeo. Señores ¡hasta mañana!

4 de junio

¡Ya he dormido en París!, a pesar de lo cual, me encuentro que soy el mismo hombre, con los mismos hábitos y los mismos defectos. En efecto, antes de las siete ya estoy en el "hall" del hotel. Viene una chica Agell y me enteras que está esperando al Sr. Bou para ir a misa. La noticia me encanta y le pregunto si puedo ir con ellos. Contestación afirmativa. Viene después el Sr. Bou, individuo de unos 40 años, empleado en la Caja de Pensiones y que también se dedica a la venta de libros y acompañados de va-

rias señoras, nos dirigimos a la Iglesia de San Eugenio, no muy apartada del lugar en que vivimos. Oímas la misa, celebrada sin acólitos y dan la Comunión sin palmatoria. No hay bancos, pero frente cada silla hay un reclinatorio, con la particularidad de que el sitio de arrodillarse en vez de estar inclinado, está en posesión horizontal, de lo que resulta que el borde se clava en el hueso de la pierna y llega a producir dolor. Pasa a recoger las limosnas con sobrepelliz sosteniendo en sus manos una bolsa de cuero, pero antes le precede un individuo con levitón y sombrero de ministro con una enorme porra en la mano con la que va golpeando el suelo como queriendo indicar: "Ya estamos aquí"

Después de habernos acercado al convite divino y haber dado gracias, nos reintegramos a casita que es lo mismo que decir nuestro hotel. Según costumbre desayunamos con los mismos ingredientes que el día anterior y después nos preparamos para efectuar una visita por diferentes edificios de París.

Situados ante el hotel esperamos la visita del autocard que nos ha de transportar y es entonces que entremos en contacto con un individuo muy especial que se llama Fonj y Pou, en este momento no lo recuerdo. Es bajito, algo lleno de carnes y va vestido de tela "mil rayas", aunque un poco ajado. Tiene los ojos salientes de manera que a mí me dá la sensación de que veo un sapo. Según parece, tiene un cinema en Vich, al cual debe ir a cantar el "Orfeo" cuando regrese a Barcelona. Quiere verlo todo y por esto no es de extrañar que la noche pasada haya estado en "Follies Bergere" hasta las tres de la madrugada y después se haya metido en otro antro de perdición. Resultado: que se ha metido en cama a las siete de la mañana.

Está admirado de las revistas que ha visto y de los trajes que llevan las mujeres, y yo, le pregunto con cierta candoridad:

- Pero es que van vestidas?

- Hay de todo, me contesta maliciosamente

- ¡Ah!

Asegura que nunca más ira a ver las revistas que se hacen en Barcelona,

porque son una verdadera porquería ante lo que él ha visto y que los "Vieneses" no valen ni un comino. El hombre está verdaderamente "enrevisado" y no se si lo podrá digerir. Allá él. Por fin viene el auto el cual lleva de "cicerone" una francesita muy deliciosa. Rubia bajita, no es guspa, pero tiene una gracia especial para explicarnos las cosas que van desfilando ante nuestros ojos. Pasamos por la rue de Rivoli, la calle de los grandes escaparates, donde se muestra "le dernier cri" de la moda y donde las mujeres de postín se gastan sus ahorros o el de los otros. Pasamos ante el restaurant "Chez Maxim", célebre en todo el mundo porque os ofrece 250 platos diferentes de entremeses. Y esto no es un cuento, hay extranjero que no se lo ha creído y ha querido hacer una prueba y lo han inundado de platos.

Visitamos los Inválidos, donde hay mucha "gente gorda" enterrada, entre ellas el emperador Napoleón. Su tumba, muy original, hace cierta impresión, aunque el cristiano, encuentra a faltar el signo de la cruz. El guía nos hace notar que entre tantos personajes célebres que hay allí enterrados, no hay ni una sola mujer. Solamente figura el corazón de una favorita, no recuerdo de quien dijo. Y es que consideraba que lo único que le valía de aquella mujer era su corazón.

Vamos al templo de la Magdalena de arquitectura griega y muy hermoso en su conjunto. Pasamos por la torre Eiffel. Tanto que la hemos visto en fotografía y pensar que la tenemos ahora casi al alcance de la mano. Era mi ilusión el poder subir a la cúspide y confiaba poder encontrar una compañía para hacer la ascensión. Pero cuando hice la propuesta resultó que todos ya la habían visitado y por lo tanto me quedé sin haber podido subir a la célebre torre. Y lo sentí, porque aunque digan que es de mal gusto subir a ella, lo considero un monumento atrevido, representación de una época que ya ha pasado para no volver.

La plaza de la Concordia es una delicia, pues en lugar de las paredes que circundan todas las plazas que conocemos, esta que nos ocupa carece

no solamente de edificios que la rodeen y en su lugar hay unos macizos de verdor que le dan mayor grandeza y la hacen más hermosa.

Visitamos el Arco de Triunfo con la tumba del soldado desconocido y la llama de la lámpara encendida día y noche. Y yo pensaba: Esto está muy bien, pero este infeliz que yace debajo de esta losa habrá salvado su alma? Si no la ha salvado, todos estos honores no le servirán de nada.

A la una menos cuarto volvemos al hotel y pronto nos sentamos en la mesa donde nos sirven la siguiente minuta: mortadela, tomates, merluza hervida con salsa mahonesa, conejo con patatas fritas, quesito de Gerve y un pastel con fresas. Buena comida.

Después me llevo al bar de la esquina donde hemos descubierto que sirven un café muy aromático que solamente cuesta 20 francos, aunque esto dura poco ya que la mañana siguiente aumenta la tarifa.

Saboreado el café me voy a descansar un rato. Hoy hemos de cenar pronto porque el "Orfeo" va a dar su primer concierto en el Palais Chaillot y hay que preparar la gente y sobre todo vigilarla. Una bebida fresca, una corriente de aire, cualquier otro desliz puede echar a perder la voz mejor timbrada.

Vamos, pues, a cenar, a ver que nos darán. Al sentarme a la mesa me parece advertir a mi lado la figura simpática de la señorita Ramona, la amiga de mi hermana a quien conocí la otra noche, y por esto, le pregunto:

- Es V. Ramona?

- Para servir a V.

- Pues mire V. que casualidad. En este momento me acaban de entregar una postal de mi hermana y su marido en la que, entre otras cosas, me encarga les trasmita sus saludos.

- Muchas gracias

Y le entregue dicha postal que está concebida en estos términos: "Molt estimat germa: Desitgem que estiguis bé. Estem esperant notícies teves. Com va anar el viatge? Saludos a les Setes. Agell i Ramona. Adeu. Magda i Antoni".

Al llegar a París yo les había puesto un telegrama participándoles mi llegada, pero no sé porque motivo no llegó este a sus manos.

Vamos a detallar la minuta de hoy: Sopa a la Juliana, pero a base de verduras frescas, fideos a la cazuela, con pies de tocino, quesito y platanos. Quedamos satisfechos y contentos y nos preparamos para cuando venga el autocard y ahora viene mi problema el Palais Chaillot está muy lejos. Con el estado de mi vista, no me veo capaz de tomar el metro, y si tengo que ir en taxi me costara una fortuna. Y es entonces cuando hablo del asunto con el señor Jové, jefe de nuestro grupo. Tendrá unos sesenta años, no es muy alto y es un excelente excursionista, cosa que demuestra por el color moreno de su faz. Es antiguo corista, de tal suerte, que cuando el orfeo visito por primera vez a París, él ya figuraba en sus filas. Es persona muy seria y bien educada y viene acompañado de su hermana que también canta.

Yo le expongo mi caso y solicito me admita, si queda un poco de espacio en el autocard de los orfeonistas. El hombre titubea un poquito, pero viene en mi ayuda el señor Homs, otro veterano corista que le dice:

- Es un caso especial y yo creo que puedes dejarle subir en el coche. Dudo que nadie pueda reclamar.

- Pues, suba, me dice el señor Jové

Inútil pintar la alegría de que estoy poseído. A serme permitido los hubiera abrazado en plena calle. El auto con su marcha veloz -en París los autos van más ligeros que en Barcelona- nos conduce al Palais Chaillot que precisamente está contiguo a la torre Eiffel. Descendimos del coche y me preocupo de encontrar a Carlos cosa que al fin consigo, entregándome mi localidad. Esta localidad me dá derecho a ocupar la fila quinta y está valorada en 800 francos. ¡Dios mio! podré resistir tanto derroche? De momento ayunto de mi cerebro cualquier idea negra o simplemente pesimista, y me entrego en manos de una acomodadora. Hay varias y todas son bastante jóvenes y van vestidas de seda negra, y muy decentes, pues llevan mangas largas y no traen nada de escote.

Me conduce a mi sitio y yo, agradecido le entrego 20 francos de propina. Que os espantais del tren que llevo?. Pues pensad que antes he comprado el programa del concierto y por el he pagado 150 francos o sea, 31 pesetas. Un día es un día y París bien vale una misa que dijo no sé que rey.

Tomo asiento en una butaca esplendida, cubierta de terciopelo y bien arrellenado voy contemplando el panorama. Se trata de una sala rectangular muy espaciosa. Aseguran que tiene una capacidad de 3.000 personas y por lo que voy viendo no es una cifra exagerada. Las paredes laterales completamente lisas, sin ningun palco ni galería, ni tan solo una cenefa, pintadas de un color rosa tirando a salmón. El frontispicio del escenario de marmol negro e iluminado, igual que el techo del salón, por medio de luces indirectas, invisibles. El Palais Chaillot es la antitesis, el reverso de nuestro "Balau de la Musica ". Pero durante el concierto todo queda a oscuras, excepto el sitio donde cantan los orfeonistas. Realmente es una sala ideal para oír conciertos, ya que ningun detalle por pequeño que sea no distrae la atención del oyente.

Hasta media sala las butacas están en plano inclinado, pero despues se elevan en forma de gradería. Todos los asientos son iguales, modernos, tapizados de terciopelo color tabaco. El público va entrando lentamente y yo espero impacientemente el momento enque todo el local estará repleto de espectadores. Y cuando toca la hora señalada empiezan a salir los orfeonistas. Primero los chiquillos vestidos con calza corta y americana color beige. Las señoritas completamente vestidas de blanco y la cabeza descubierta. Los hombres con smoking, cuello de pajarita y corbata de lazo. En conjunto 250 personas que llenan el escenario y que producen un buen golpe de vista. La sala ya está casi llena y tan solo hay que descontar alguna butaca diseminada por aquí y por allá que no está ocupada. El conjunto es magnífico y tan solo por gozar de esta visión vale la pena de haber venido a París.

De pronto suenan estrepitosos aplausos, que será? Es que ha aparecido en el estrado la figura severa del maestro Millet quien, despues de hacer muchos acatamientos sube al atril empuñando la batuta. En voz baja da el correspondiente tono a cada grupo y el orfeó da las primeras notas de la "Cançó del lladre". Momentos de emoción que nos paraliza por unos instantes la marcha ritmica del corazón. Pero enseguida respiramos a todo tren. No, el orfeó es el mismo de siempre y con maestría insuperable sin vacilaciones ni desfallecimientos va desgranando las notas que todos conocemos de memoria. Grandes aplausos coronan la labor de nuestros hermanos y seguidamente empiezan "El maridet" de mi amigo y hermano en ideales Peréz Moya. Obtiene tambien una interpretación muy ajustada que el público recibe con muchos aplausos. Sigue una cantiga gallega y después "El caçador y la pastoreta" composición fresca y deliciosa de un autor cuyo nombre no recuerdo, pero que era hijo de Badalona -quizá Botey?- y al terminar aquello es el disloque. Aplausos frenéticos y gritos de "bis" y "plus" reclaman la repetición. Confieso que me costó un poquito entender lo que querían, pues gritaban con voz plañidera. No hubo otra solución que repetir la pieza.

Siguióle "La Dama de Aragón" y a continuación la "Sardana de les monges" y otra vez se desbordó el entusiasmo. Aquellas notas viriles de la canción contrastadas con el delicado murmullo de las monjas punteando nuestra danza, es una cosa algo excelsa, y el director, convencido de la transcendencia del momento se crecía y magnetizaba a los cantores que como un solo hombre respondían a los dictados de la batuta.

Fué una ovación apoteósica, delirante, que no hay necesidad de decirlo obligó a bisar la inmortal sardana de Guimerá y Morera. Y en medio de entusiastas aplausos terminó la primera parte de este histórico concierto.

Y yó entablé constacto con dos señoras muy simpáticas de Barcelona y nuestra satisfacción era inmensa no tenía límites.

El final de esta primera parte ya era más difícil, pues estaba integrada por obras de Ravel, Debussy y Holtz, autores modernos muy complicados de interpretar, y que no tienen nada de populares. Pero debo hacer constar que nuestro glorioso "Orfeo" superó la prueba y triunfó completamente. La gente continuaba aplaudiendo y el Maestro Millet no cesaba de entrar y salir y hacer saludar a los coristas para que correspondiesen a los saludos e indicando que parte del éxito, se debía a aquella anónima masa de canteres que habían hecho posible el milagro. Al fin, aquel público formado en su mayoría de franceses, empezó a retirarse y desfilar de la sala.

Mi ilusión hubiera sido entrar en el escenario y poder abrazar al Maestro y felicitarle efusivamente. Lo intenté varias veces, pero la portezuela que daba acceso estaba completamente cerrada y nadie acudía a la llamada.

Terminada la primera parte del programa hubo unos diez minutos de descanso y enseguida se prepararon para la segunda, que también se las traía, que dicen en términos taurómacos. Estaba integrada por obras de Millet hijo, Saint Saens, Victoria, Palestrina con su imponderable Credo de la misa del Papa Marcelo y quizás alguna otra. Esto era música clásica y exigía una interpretación más cuidada porque, seguramente, muchos de los asistentes ya las habían sentido ejecutar por otras entidades y podían hacer comparaciones onerosas. Pero no, pronto nos convencimos que podíamos estar muy tranquilos. El "Orfeo" lo mismo triunfaba en la música popular que en la música polifónica y podía mirar impávido todas las comparaciones. En esta segunda parte los aplausos fueron tan calurosos y nutridos como en la primera, pero debido a la extensión de las piezas, no fué posible repetir ninguna.

A las once y media salí a la calle, mejor dicho a la plaza y mi preocupación fué localizar el auto a fin de poder volver al hotel. Los orfeonistas de mi grupo aun no habían venido y por esto, estuve unos momentos

solo en el coche. Pero pronto aparecieron las figuras vestidas de blanco de las chicas y los smokings negros de los hombres y asaltaron el coche con una alegría, una algazara que contrastaba con el solemne acto en el cual habían tomado parte y sido protagonistas.

Al regresar al hotel me siento al lado de la simpática Sra. Jové. No es una jovencita pero está contentísima como si lo fuera. Y esto que ya había estado en París y había cantado en Londres.

Llegados al hotel subo eufórico a mi cuarto, rezo las oraciones de costumbre y a la "couché" que dicen los franceses. ¡Buenas noches!

5 de Junio

Me levanto a las cinco, rezo mis oraciones dentro una quietud paradisíaca y desciendo al "hall" del hotel. En aquella hora quizá un poco intempestiva están haciendo limpieza. Saludo afablemente a aquellas mujeres:

- Bon jour, madame

- Bon jour, monsieur

Y me siento en un angulo para esperar al amigo Bou y sus acompañantes. Pronto se presentan y nos dirigimos a una nueva iglesia. Hoy visitaremos Notre Dame de la Salette. Están terminando una misa y al acercarnos para poder comulgar, observo con alegría, que el sacerdote recita las últimas oraciones en castellano, pero no nos puede dar la sagrada comunión y al dirigirnos a la sacristía yo le pregunto:

- Padre es V. español?

- No, señor, soy colombiano

- Es lo mismo

- He venido de Barcelona donde he sido testigo de los memorables actos del Congreso Eucarístico Internacional y ahora me voy a Roma.

- Y que le ha parecido aquello.

- Sencillemente espléndido, mejor dicho, estupendo. Una cosa nunca vista.

- Yo tengo un arzobispo Colombiano, con el que me une una gran amistad.

- ¿Cómo se llama?

- Monseñor Juan Manuel González Arbelaez

- ¡Ah!, pues está en Barcelona. Yo no lo puedo ver pero me lo dijeron unos amigos.

Nos despedimos y nos situamos en otro altar donde estaban terminando la Misa y después de haber comulgado y haber dado gracias, salimos al exterior. Comenzábamos bien el día.

La vida de París empieza a las ocho de la mañana. Seguidamente comienza el desfile de los autos y camiones y muchos comercios abren sus puertas. Hoy nos hemos fijado en la manera de presentar su mercancía las carnicerías. La exhiben en sendas fuentes de blanca porcelana, clasificadas por clases y calidades, y el conjunto produce excelente efecto.

Pronto llegamos al hotel, donde no tardan en ofrecernos el desayuno y después nos preparamos para hacer otra excursión por la ciudad. Mientras aguardamos el autocar se presenta el inevitable "calavera" que ya conocéis, y nos explica sus andanzas nocturnas. La noche pasada ha estado en el Teatro de la Ópera donde representaban la Ópera "Falstaff", pero él no ha ido para escuchar la música, pero simplemente para ver el ballet. Y está muy encantado de la presentación fantuosa que no tiene parangón con lo que hacemos en Barcelona.

Este hombre hiperbólico lo sigue todo. No solamente visita los cabarets teatros y cines, sino también las iglesias y el mismo elogio que tributa a una revista descarada lo aplica después a la Iglesia de San Sulpicio. Nos confiesa que ha gastado 12.000 francos y que se le terminan las minuciones y pide una ayuda económica a un amigo suyo que está allí presente. Los demás callamos como muertos. Después el señor Homs me advierte que no me deje pescar.

¡Ya llega el auto! Hoy nos llevará a visitar el París histórico. Viene con la misma francesita del otro día, en calidad de ciclerone, tan simpática como siempre. Y no es que sea una Venus, no, solamente tiene simpatía que le sale por todas partes. Después nos enteramos que es casada y que actúa como guía español y alemán en varias agencias de viaje.

Vamos a visitar el Louvre que es un hermoso edificio de grandes proporciones, completamente aislado. Subimos por unas amplias escalinatas de mármol y empezamos a recorrer algunas salas. Allí hay materia para un mes, pero el guía nos advierte que nuestra visita ha de ser ligera, o si no, no veremos nada. Obedecemos. Vemos muchos cuadros y esculturas que están colocados olgadamente, sin apreturas y por lo tanto todo reluce mejor.

No quiero hacer una descripción de las cosas que ví, pues necesitaría mucho papel y sobre todo una memoria que me falta, pero hay tres cosas que se grabaron en mi mente y me produjeron su miájita de emoción. La primera fue la visión de la Venus de Milo reproducción perfecta de la mujer, a pesar de faltarle los brazos que aun no se han podido encontrar. Aquella estatua griega que tanto hemos visto en los manuales de arte, realmente es adorable por sus deliciosas proporciones y se impone al espíritu mas profano. Mi ilusión hubiera sido poderla tocar, pero hay unos rotulos muy severos que prohíben hacerlo.

La segunda emoción la experimente al contemplar la famosa Gioconda de Leonardo de Vinci, con aquella encantadora y enigmática sonrisa que cambia según el talante del que la contempla. Y yo no sé si sería sugestión o realidad, pero confieso que a veces me parecía que me sonreía, otras que me reñía y algunas, en que se la veía completamente triste. Realmente la Gioconda es una obra maestra de la pintura del Renacimiento y dudo que en la actualidad exista ningún pintor, por cubista o surrealista que sea que se atreva a producir una maravilla igual.

La tercera "vedette" del Louvre fue la Samotracia, aquel angel griego sin cabeza, pero con una vida y un dinamismo como si fuera de carne mortal.

A pesar de haberla visto tantas veces reproducida, su visión me hizo gran efecto.

Salimos de aquel local tan acogedor y rico en sensaciones artísticas y en menos de media hora el auto nos condujo a la colina de Montmartre, donde hay erigido el templo expiatorio del Sagrado Corazón de Jesús. El barrio tiene muy mala fama, peor que nuestro barrio chino, pero mi ilusión era poder contemplar y visitar el templo y a Jesús Sacramentado que está expuesto día y noche en la custodia. El edificio es de grandes proporciones y alrededor de sus naves hay infinitad de altares. Me arrodillé y dí gracias al amo de todo por haberme concedido el gozo a los 68 años de edad de poder ir a París y adorarle desde aquel templo expiatorio.

Saciada nuestra curiosidad emprendimos el regreso, pero antes, contemplamos la visión de París a nuestros pies. El panorama es bastante hermoso pero a mí me parecía, que la visión de nuestra querida Barcelona desde la cumbre del Tibidabo resultaba mas grandiosa y espectacular.

A las doce y cuarto entrabamos muy contentos y satisfechos en nuestro hotel. Charlamos un poquito y al poco rato, la camarera tocando la consabida campana, nos advertía que la mesa estaba ya dispuesta.

Hoy quiero hacer constar un detalle que va dedicado a las señoras amas de casa que me escuchan. Los manteles de nuestro hotel no son de algodón, ni de hilo, ni de lino. Hoy he descubierto el secreto. Son de plexiglas. A mí me extrañaba que estuviesen siempre tan limpios, pero hoy he visto que les pasaban una esponja empapada en agua y quedaban limpios como una patena. Pero les aseguro que a simple vista parecen de tela y por el simple contacto tampoco lo adivinarían.

La comida, según mis apuntes, ha sido: entremeses, :pure de espinacas muy delicioso al paladar, carne guisada, quesito y fruto. Terminada la refracción voy a tomar el acostumbrado café que cada vez encuentro mas aromático y sabroso.

Después voy a dar una vueltecita por los alrededores de la rue de la -

fayette. Confieso que a mí me gusta mucho observar y hoy me he fijado en dos cosas que os voy a hacer mención. Por primera vez, desde que estoy en París, he visto un carro de cuatro ruedas arrastrado por dos caballos. Hasta ahora no había advertido que existiese este medio de transporte, y ha sido ante su aparición que he notado la falta. En París sólo se ven autos, camiones y triciclos, y hay que hacer constar, conforme ya lo he hecho alguna otra vez, que pasan raudos, ligeros, quizás demasiado ligeros. El peatón que no vigila lo "escaliven" que decía un amigo. También he visto un entierro, pero ¡Dios mío! que cosa tan fría y tan triste. Ha pasado ante mis ojos una camioneta con cristales cubierta de coronas, sin sacerdotes, ni acompañamiento, y sin tan sólo ostentar la señal del cristiano, es decir, la cruz. ¡Y pensar que posiblemente, en el cementerio estaban esperando al difunto para echarlo al horno crematorio y convertirlo en cenizas!

Mi primo José Abril una vez que visitó a París, entró en la cámara y pidió permiso para poder ver las operaciones que se efectúan para reducir a pavesas un pobre difunto. No me entetendré a contar los detalles de lo que vió, sólo diré que salió asqueado del hedor de carne asada a la parrilla que allí se respiraba. Aquello, mas que una cámara mortuoria, parecía la sucursal del restaurant "Los Caracoles" de nuestra calle Escudillers.

También me voy fijando en las mujeres de París y estableciendo mentalmente comparaciones con las de Barcelona, las encuentro bastante inferiores, lo explicaré.

Mi apreciación se refiere a las mujeres de la calle, no a las que se exhiben en sitios prohibidos, a los cuales yo no he ido, ni pienso ir. Pues bien, a mí entender, y perdón si hiere la susceptibilidad de alguna de mis oyentes, encuentro a nuestras mujeres más graciosas, mas bonitas, y hasta mejor acicaladas en el vestir. Las de París van vestidas mas a la "neglige" y dan la sensación que no cuidan tanto los detalles. Nuestras mujercitas resultan muy atractivas, mas apetitosas; en cambio las de

París, respiran cierta vulgaridad. Hay un detalle en el que me fije mucho: el calzado. Recordais aquellos pies tan pequeñitos, tan deliciosos, tan graciles de nuestras mujeres? Pues yo no he visto aquí ninguno que pueda compararseles. Sobre todo son mas grandes y los zapatos son un poco mas ajados. En resumen: la mujer de Barcelona va mejor calzada que la de París y también viste con mas chic y con más elegancia.

Hoy, despues de comer, hemos hecho una pequeña correría por los barrios de Montmartre. No os espanteis y no os pongais en guardia, porque no ha pasado nada. He establecido amistad con el matrimonio Ribas, relativamente joven y ambos empleados en la Caja de Pensiones. Se comprende que disfrutan de un buen sueldo -habitan un piso de 800.- ptas.- y como no tienen hijos, con frecuencia hacen sus escapaditas.

Pues, bien, este matrimonio me ha invitado a visitar una visita nocturna por el barrio de Montmartre, cosa que he aceptado. Todas las calles tienen una cuesta bastante pronunciada lo cual quiere decir que hemos de subir con cierta lentitud.

Lo primero que me llama la atención, es que la mayoría de hombres y mujeres que se pasean a aquella hora, llevan su perro, pero no suelto, sino atado con una cadena, cosa muy loable, ya que así no se ponen en contacto con otros perros y no es tan fácil que sean mordidos.

Todas las tiendas son casas de comer o dedicadas al ramo de alimentación. Estan muy bien iluminadas y con la dependencia esperando al futuro cliente, pero no se si debido a ser demasiado temprano, lo cierto es que todas las casas estan vacías. Muchas mesas con sus blancos manteles, abundancia de camareros, gran numero de botellas de vinos de todas marcas, pero no vimos ningún cliente. Repito quizá la hora era intempestiva.

Una cosa pudimos contemplar con evidente deleitación en el escaparate central de una casa de radios, vimos funcionar un aparato de televisión a plena marcha. La proyección era muy limpia y resultaba una cosa

muy atractiva. En una pantalla de unos 50 por 40 cms. se proyectaban unas escenas de la vida campestre, llenas de vida. Recuerdo que se veían una mujeres lavando la ropa al pie de un río y se podían ver perfectamente las burbujas de jabón que se mezclaban con el agua. Pero lo más curioso es que estos personajes hablaban y cantaban admirablemente, acompañados de una música dulce y apropiada al tema de la pantalla.

Recuerdo que en un momento dado pasó el tren silbando perfectamente y oyéndose el ruido de las ruedas al deslizarse por los raíles.

Esta visión de un invento tan nuevo y que aun está en sus inicios, me hizo comprender la importancia que tendrá en el porvenir y sea una cosa que esté al alcance de las fortunas modestas. Si ahora la radio tiene tantos devotos, que será cuando vaya acompañada del aspecto gráfico?

Continuamente subiendo y en un sitio que formaba como una plazoleta en la que desembocaban varias calles observamos la presencia de varios números de policía con sus respectivos perros, como si esperasen algún enemigo. Antes de salir de Barcelona habíamos leído que el miércoles debía declararse la huelga general y esta suposición fué suficiente para que mi compañero Sr. Ribas me dijera :

- La cosa presenta un poco de mal cariz. No le parece prudente que volvamos a nuestro hotel.

- Como V. quiera, le contesté

Su esposa fué de la misma opinión y dando media vuelta emprendimos la retirada. La luna asomaba entonces su faz plateada iluminando las aceras y esto nos permitía divisar bastantes gatos que habían salido de sus guaridas domésticas para comenzar sus correrías nocturnas. Y cosa inaudita ni los gatos arqueaban el lomo en señal de defensa, ni los perros daban la menor muestra de agresividad.

Antes de media hora entrábamos en el hotel, y yo me metí en mi covacha y el matrimonio Ribas en la suya, y aquí no ha pasado nada. Hasta mañana, señores. *

6 junio

Con el amigo Bou, su esposa y algunas chicas nos hemos dirigido a Misa. Pero hoy hemos cambiado de iglesia, más cerquita de la que acostumbrábamos a ir. Se titula de San Vicente Paul y por el exterior da la sensación que es bastante capaz. Como los otros templos de París, el edificio está aislado y no hay ninguna casa que le asfixie. Tiene una magnífica escalinata de mármol que da frente a la Rue Lafayette, pero no se utiliza, ya que la entrada es por la parte posterior. Consta de tres cuerpos de edificio y cada uno es por sí solo una iglesia.

El edificio principal, con el altar mayor y la estatua del Santo; a su lado otro edificio casi tan importante como el anterior, y después el altar del Santísimo, tan capaz como la iglesia de los PP. Mercedarios de Barcelona.

Me he fijado en dos detalles. En París hay bastante devoción, conforme lo demuestra que a la misa de siete, a pesar de ser día laborable, hay bastantes personas, casi todas con su misal que a veces siguen la misa dialogada.

También he notado que no hay monaguillos. Y una de dos: la Misa ayuda una persona mayor, o no la ayuda nadie. Inútil decir que la administración de la Sagrada Comunión se hace sin ministro, ni palmatoria. Los sacerdotes acostumbran a celebrar con casulla gótica. Los reclinatorios contruidos en la forma que ya indique, muy incómodos por cierto y que llegan a lesionar la canilla de la pierna.

Cumplidos nuestros deberes religiosos hemos vuelto al hotel donde seguidamente hemos tomado nuestro habitual desayuno. Repuestas nuestras fuerzas nos hemos preparado para la anunciada excursión a Versailles. Pronto se ha presentado nuestro hermoso autocar y rápidamente hemos ocupado nuestros sitios respectivos. Antes de arrancar, nuestro jefe Sr. Jove hace el recuento para ver si algún dormilón se ha despistado. No

falta nadie y el coche emprende la marcha hacia Versalles que es un pueblo situado a 17 Kms. de París y su población es de 66.000 habitantes. Por sí solo tendría poca importancia y posiblemente, nadie se acordaría de él, pero lo que le da renombre y prestigio mundial son sus palacios reales que contienen muchas riquezas artísticas, aunque según parece hay departamentos cuyas mamposterías se agrietan y por lo tanto la visita está vedada. También parece que los alemanes se llevaron muchas cosas interesantes, y claro está, todo esto le ha quitado esplendor.

Recorrí muchas estancias y contemplé muchas cosas hermosas e interesantes desde el punto de vista histórico, pero confieso que después de haberlas visto -de esto hace exactamente un mes- me resulta difícil recordar. Solamente me acuerdo de la Sala de los Espejos, hermosa estancia de grandes proporciones que además de su belleza, cuenta en su historial el haberse firmado allí la paz cuando la primera guerra europea. La sala tiene 17 m. de altura y 73 de longitud.

Salimos hechizados de tanta riqueza y recorrimos aquellos jardines tan deliciosos, a pesar de faltarles el aliciente de los juegos de agua que solo funcionan un día al mes.

Recuerdo que mientras hacíamos este recorrido se oían continuos cañonazos y disparos de ametralladoras. No vimos a nadie, pero supusimos que se trataban de maniobras militares.

Regresamos después del mediodía al hotel y con el apetito de siempre despachamos la siguiente minuta: puro de verduras, entremeses, patatas enteras guisadas y solomillo asado, quesito y frutas del tiempo.

Hoy se ha producido un pequeño incidente por la cuestión del agua. Había notado más de una vez lo difícil que era conseguir una botella de ese delicioso líquido. Decíamos:

-Mademoiselle, voulez vous porter de l'eau.

- Au moment, nos contestaba

Pero el agua no venía. Insistíamos cuatro o cinco veces y finalmente venía la propietaria y nos preguntaba candorosamente:

- Vous la voulez naturelle o minerale?

Porque el agua mineral cuesta 200 frs. la botella, aunque las malas lenguas aseguran que en el colmado de la esquina la vendían a 45 frs. El problema del agua se presentaba cada vez más serio y hubo que buscarse una transacción que gestionó nuestro Sr. Jové. Desde aquel día cada orfeonista tendría derecho a media botella de agua mineral Perrier en cada comida, y su coste sería sufragado por el orfeó. Se hicieron números y resultó que la broma del agua costaba cada día unos centenares de francos y por este motivo, casi todos los hombres se juramentaban para renunciar al agua mineral.

A la tarde voy a dar una vueltecita por los alrededores. Pafilo la rue de Lafayette que es muy larga y me propongo llegar al final. Ando media horita y por fin descubro una estación ferroviaria, y como estoy un poco fatigado me siento en una mesa colocada en la acera y rodeada de plantas propiedad de un bar. Allí contemplo los trenes que van y vienen los viandantes y los autos, mientras estoy esperando que salga el camarero, pero como no se presenta nadie, me dirijo al interior del establecimiento, y allí me encuentro con la familia reunida despachando el guiso de una cazuela. Solicito que me sirvan café y vuelvo a mi observatorio callejero. La calidad de la calle ha descendido bastante y aquí tiene un poco el aspecto de nuestro paralelo. Me sirven el café con nuestro filtro acostumbrado. Es conveniente apretar el platillo superior, para que la filtración quede perfecta. Cuando está perfectamente filtrado le echo el azúcar y lo pruebo con cierta expectación. ¡Que desengaño! ¡Aquello más que café, parece agua de malvas! Y así se lo digo a la chica al pagar la consumición.

- Vous etais très exigeant, me contesta un poco resentida.

Por toda contestación le doy dos francos de propina y me retiro con la música a otra parte. Pasa el auto de los bomberos con una marcha razonable, que comparada con la que llevan los de nuestra ciudad se encuentra bastante lenta, pero yo creo que es preferible, antes de causar algún atropello. También pasa un coche furgón mortuario cubierto de coronas, pero de

nada más. Esto me hace recordar que nuestras jovencitas han visitado esta mañana del Père Lachaise y han descubierto la tumba de Largo Caballero el famoso líder socialista. Hace tiempo que me informé que estaba muy enfermo, pero no había sabido nada más de él.

Nuestras jovencitas son bastante atrevidas. Sin poseer ninguna noción de francés van a todas partes y lo visitan todo. Después de haber regresado a Barcelona, el Padre Ramón, mercedario, me ha contado que una de esas jovencitas se metieron en un local público y se encontraron con la desagradable sorpresa de ver como unas mujeres bailaban y se contorneaban completamente desnudas.

- ¡Que susto!, dije yo.

- Les está bien por imprudentes, me contestó el buen religioso.

Deambulando lentamente me deje caer en la iglesia de San Vicente Paó donde hay media docena de señoras ocupadas en sus rezos. Yo rezo el Santo Rosario. El sacristán va arreglando el altar donde hay el Santísimo reservado y con extrañeza observe que nunca hace genuflexión aunque pase por delante del Sagrario.

Regreso al hotel, pues hay orden de cenar temprano a causa de darse el segundo concierto por el Orfeo Catalá. Son las siete de la tarde y en aquel momento se inicia un chaparrón bastantes espeso. Inútil decir lo malhumorados que nos ponemos, ya que lo más probable es, que mucha gente se distraiga si el tiempo no amaina. Y así sucede en efecto. Al entrar en el Palais Chaillot observe media sala vacía. Después va apareciendo el público, pero siempre quedan unas butacas sin ocupar.

He aquí el programa que ejecutó nuestro glorioso orfeo: "L'hereu Riera", muy bien recibida. "Serrana popular", de Fajol fresca y graciosa. Le sigue "Testament d'Amelia", y después "La nina y el moline" de mi entrañable amigo Pérez Moya, aplaudida con insistencia. Seguidamente "Son soneta, vina ara" del llorador Luis Millet; "Caprici sobre la canço del pardal" de Manen, muy difícil de ejecutar, pero deliciosamente interpretada. "Oda a la mar llunyana" de Amadeo Vives, muy atrevida y difícil de

cantar, porque carece de letra y solamente son sonidos gutturales. A mi entender lo más complicado de esta composición son las notas imitando el rumor del mar que han de sostener sin interrupción los niños. Claro que hay un truco, pero a mí, siempre me hace sufrir la interpretación de esa pieza.

A continuación "Canta y vuela que fa sol" de la suite "Folies y paisatges" a la que pertenece también la anterior. Le siguió "La Feliçia" de Luis M^a Millet, obra muy sólida y bien trabajada, de corte moderno, acompañada al órgano y ejecutada por coro mixto. Es una pieza que me emociona y llena de nostalgia mi alma al recordar tantas cosas olvidadas en aquel jardín mallorquín. Fué muy aplaudida. Siguióle "Cantar del alma de Mompou"; "Plegaria a la Verge del Remei" joya deliciosa de nuestro repertorio, gustada en toda su integridad, gracias a las estupendas condiciones acústicas de la sala.

Se interpretó a continuación "Salve Regina Cathaulonia" igualmente como la anterior de Luis M^a Millet, robusta, valiente como los picachos de Monserrat y que nuestros cantores matizaron espléndidamente.

Después vino la interpretación de "Sospira", antigua melodía que escribió Millet padre y que fué convertida en coro mixto por su hijo. Esa transformación aumenta el valor musical de la obra, que dicho sea de paso fué interpretada maravillosamente y mereció cálidos aplausos.

Y vino el número cumbre del concierto, la ejecución de "La mort de l'escola" del Maestro Nicolau de feliz memoria. Tenía interés en saborear esta deliciosa canción monserratina, tantas veces gustada desde el teatro Novedades y las salas de nuestro "Palau" y quería comprobar que impresión me producía oída desde París. El efecto fué inmenso inenarrable y las fibras de todo mi ser se emocionaron al oír las patéticas notas finales del violin. El éxito que alcanzó esta obra fué rotundo, inmenso, imposible de describir. El público no se cansaba de aplaudir y solicitaba con verdadera insistencia la repetición de la misma. Y el maestro director, imposibili-

tado de dar gusto al auditorio por la extensión de la obra, salía saludaba, se retiraba y a los pocos momentos tenía que volver a salir para saludar. Pero no es esto lo que el público quería y volvían a recrudecerse los aplausos con mas bríos, con mas insistencia que nunca. Esta escena no se cuanto duró, pero es indiscutible que Millet tuvo que salir muchas veces y los aplausos no se callaron hasta que el maestro inició el "Captan" del mismo Nicolau, cuyas primeras notas hicieron enmudecer a los mas exaltados.

Esta obra deliciosa y emotiva, si la memoria no me es infiel la oí estrenar en el teatro de Novedades hace mas de 50 años, y confieso que ahora, me produjo el mismo efecto, mejor dicho más efecto que en aquella lejana época. Entonces yo no contaba 20 años, llevaba abundante barba y mi cabeza ostentaba una sedosa cabellera. Y no sabía exactamente lo que era el amor, aunque empezaba a hacer de las suyas el Dios Cupido. Hoy cuento 68 años la barba no existe y de existir sería completamente nívea; la cabellera también es blanca y bastante exigua. Mi estimada esposa Teresa, después de 33 años de matrimonio, santificada ultimamente por su estancia en "Casa Nostra", de Bañolas, voló al cielo, dejándome un pimpollo, que es mi querida hija Monserrat, la cual llamada por vocación divina ingresó hace 17 años en la Pia Union de Señoritas Operarias Parroquiales, fundada por Magdalena Aulina y hace 7 años que actua por tierras de Navarra acercando las almas a Dios y trabajando por su gloria.

En este momento tuve la alegría de que una señora se me acercara para saludarme. Confieso que de momento no la reconocí -

- Soy la enfermera de la señorita Elvira, me recuerda?

- Ahora, sí

Y platicamos unos momentos; Me aseguraron que tanto en este concierto como en el anterior estuvo presente el embajador de España en París. Tambien supe más tarde que había asistido a todos los conciertos nuestro poeta Ventura Gasol y hay quien lo vió llorar mas de una vez.

Me enteré que estaba lloviendo y procuré salir apresuradamente para poder localizar mi autocar. El público puesto en pie continuaba aplaudiendo. Al cruzar un pasillo de la platea observé un individuo no muy bien trajeado, que se desgañitaba gritando: "La senyera", "La senyera". Como tenía un acento murciano, me pareció que gritaba "La señora", pero después comprendí su intención. Inútil decir que con los aplausos que aun repercutían en la sala este incidente pasó completamente inadvertido.

Salgo a la plaza. En efecto, llueve con bastante intensidad, pero yo prescindo de la lluvia y solo me preocupo de encontrar el "Arca de salvación" que en este caso era nuestro coche. Pronto se presenta muy orondo y me sitúa detras del chofer. Los orfeonistas van llegando, primero los hombres, severos con su smoking, despues las mujeres, blancas como polomas, pero ¡hay! preocupadas por los bajos de sus faldas que se han manchado un poquito de barro. Todos vienen felices radiantes de alegría. Han cantado en París y han hecho triunfar la bandera de la Patria. Que más podían desear?

A las doce en punto me zambullía en la cama, cansado de tantas emociones y enseguida venía "el angel de la son" y me cerraba dulcemente los párpados. "Bonne nuit"!

7 de junio

A pesar de la hora intempestiva en que me acosté me levanto con la puntualidad de siempre y antes de las siete ya estoy en el vestíbulo del hotel aguardando al amigo Bou para ir a la iglesia. Viene a la hora prevista y nos dirigimos a San Vicente Paul donde cumpliremos nuestros deberes religiosos.

Después, retornamos al hotel donde tomamos nuestro acostumbrado refrigerio. Hoy es un día señalado. Vamos a visitar Fontainebleau, o tra

residencia real, que, según parece, es muy interesante y esto tiene su importancia para el turista. Esta residencia está a 60 kilómetros de París y su hermoso palacio tuvo sus inicios en el siglo XII, pero su verdadera importancia no la alcanzó hasta el siglo XVI, cuando el rey Francisco I lo convirtió en su residencia predilecta.

El edificio por sí solo ya es muy interesante, pero lo que aumenta su belleza y su prestigio, son los dilatados bosques que lo circundan, los cuales están llenos de encinas, pinos, hayas y otras especies, entre las cuales pueden contarse árboles gigantes y centenarios que alcanzan troncos de tres y cuatro metros de circunferencia y alturas de veinticinco metros.

El suelo está cubierto de una gravilla especial que, con el tiempo, se ha transformado en arenisca negra que da la impresión de una alfombra.

Visitamos el edificio, mejor dicho, una parte del edificio, pues es tan inmenso que ni en dos días podríamos visitarlo por completo. Salas deliciosamente adornadas con cuadros de los mejores maestros franceses e italianos; esculturas por todos los ángulos, molduras, ricos artesonados, aquello es un derroche de arte, fastuosidad y riqueza. Cada sala conserva los muebles de la época y esto tiene un valor histórico.

Así, pueden admirarse las camas de Luis XIV, XV y XVI y sus mujeres, la de Napoleón I, bastante chiquita, porque él también lo era; en otra sala contigua la de su esposa y su hijo. En una vitrina su clásico sombrero y su bastón de mando. Incluso nos mostraron la bañera que usaba el Emperador y que consistía en un simple barreño, en catalán "cossi", redondo y escasamente de un metro de altura. Es cierto que Napoleón era bajito, pero es indudable que con aquel artefacto solamente podía bañarse hasta el ombligo.

En salas contiguas dormían sus favoritas con sus camas adamascoadas y sus pinturas recordando escenas de la mitología. Salas para despachar

para recibir visitas, para reunirse con los ministros, para todo había salas, incluso para reunirse los guardias que hacían la guardia de palacio, con un soberbio hogar "escalifapanxas" trabajado en marmoles y bronce.

Aquella gente sabía aprovecharse de los placeres de la vida y no descuidaba ningún detalle que les facilitara el gozo de vivir. No mas os diré que en el centro del palacio hay una gran capilla, rodeada de preciosos cuadros y construida de tal manera que podía oírse la misa desde todos los sitios.

Es imposible referir de memoria todas las cosas que vi, recuerdo en este momento la sala de lectura, es decir la biblioteca con techo abovedado y lleno de pinturas, con ricas estanterías cubiertas de cristales y llenas de miles de volúmenes ricamente encuadernados.

Antes de visitar el palacio y al objeto de reunir fuerzas suficientes nos sentimos en medio del bosque alrededor de una mesita, resguardados por el follaje de los árboles. Allí en compañía del matrimonio Ribas que había citado anteriormente despachamos la comida que nos había facilitado el hotel, por nuestra cuenta le añadimos unas cervezas, un helado y café. Este aditamento nos costó 325 frs. En conjunto fue una comida deliciosa, que hablando con sinceridad, nos supo a poco. Posiblemente hubiéramos comido el doble de lo que traíamos.

¡Ah! me dejaba en el tintero que además del matrimonio Ribas nos acompañaba aquel célebre "calavera" que cada día se iba a dormir a las 7. Inútil decir que su conversación versó sobre las revistas que había visto y el vestuario que llevaban las artistas.

-Pero es que van vestidas? le pregunté yo socarronamente.

- Hay de todo, unas van vestidas y otras no. Pero las que van vestidas es aseguro, ostentan unos trajes verdaderamente riquísimos.

Después contemplamos aquellos hermosos bosques y jardines con su lago, en el que hay una caseta, sobre la cual nuestro guía apuntó una historia

de amor un poco picante.

Un poco rendidos de tanto andar de un sitio a otro, nos metimos en el auto que amorosamente nos trasladó a nuestro hotel.

Aquel día por razones especiales que ya explicaré debíamos cenar a las 10. De pronto se me presenta el amigo Jové y me pregunta un poco preocupado:

- Vd. sabe algo de las Agell?

- No, que pasa?

- Pues, ya vé Vd. la hora que es y aun no se han presentado para cenar.

- ¡Si que es raro!

Mas tarde volví a preguntar por ellas y el enigma se había aclarado. Las cuatro hermanas Agell habían ido a comer en casa de un primo y según parece ya habían avisado con anterioridad. Todos respiramos.

Ahora es voy a explicar el motivo de cenar a una hora tan desusada. Un sindicato católico acordó celebrar el aniversario de su fundación con un banquete en nuestro hotel y la propietaria planteó el asunto al jefe de nuestro grupo Sr. Jové

- La hora del banquete es a las nueve. Por lo tanto solo hay dos soluciones para Vdes. o cenar antes de dicha hora o después.

Se estudió el asunto y se convino que nosotros cenaríamos cuando ellos hubiesen terminado.

Pero vino el banquete, después los brindis, luego el café, etc. Y resultó que nos sentabamos a la mesa cerca las once. Pero cenamos contentos sin murmurar y en agradecimiento a tanta mansedumbre, la propietaria nos obsequió primero, con una copa de vino y después con una copa de vino espumoso que es lo mismo que decir champañi.

Imposible pintar la algazara que se produjo entre nuestras huéspedes. Todos nos sentíamos eufóricos y dejándose llevar del entusiasmo, el amigo Bou empezó a repartir cigarrillos rubios a nuestras mujeres. Nadie rehusó

el agazajo y todas fumaron, algunas por primera vez en su vida, y seguramente que no sería la última.

Pero no terminó aquí la fiesta. El Sr. Homs se sienta ante el piano y empieza a tocar la sardana "El saltiró de la cardina" y se forman seguidamente amplios anillos que puntean nuestra danza nacional. Y después sigue otra y luego otra, y como después del fleco sigue el flaco viene una mazurca y una polca y se termina con el vals boston "Quand l'amour meurt". Aquello parece un "dancing", pero familiar.

Y se acerca alguien al amigo Jové y le dice con cierta sornaguería:

- Si de veras eres nuestro jefe y sabes tu obligación, sacaras a bailar a nuestra patrona y danzareis este vals.

El Sr. Jové aceptó con agrado la sugerencia y dirigiendose a la hotelera le dijo con toda amabilidad

- Madame, voulez vous dancier cette vals avec moi?

- Monsieur, j'accepte votre invitation?

Y cojidos del brazo y con toda seriedad y justeza comenzaron a danzar. Y no bailaban ellos solos, allí bailaba todo el mundo. La zambra duró hasta casi medianoche, pero como yo nunca he sido juerguista, tomé la determinación de retirarme a mi nido. Tomé el ascensor, entre en mi cuarto y a los cinco minutos ya no era de este mundo. "Messieurs, jusqu'a demain".

8 junio

Me levanto como de costumbre y a las siete me dirijo a mi iglesia de San Vicente Paul. Asiste bastante concurrencia de fieles a pesar de la hora intempestiva y el sacerdote celebra con casulla gótica y de cara al pueblo. Después del evangelio pronuncia una plática que solamente comprendo a medias. Pues habla un francés bastante cerrado y rígido.

A media misa sale un sacerdote con una bolsa de cuero y solicita la

ofrenda de los fieles. Conforme ya he dicho en otras ocasiones le antecede el hombre de la porra y el sombrero de ministro. Recibo la visita del culcísimo Jesús y después de haberle dado gracias por tantos beneficios que me está concediendo, me reintegro al hotel. Hoy es domingo, día señalado para que nuestro "orfeo" eleve sus cánticos en la iglesia Notre Dame, es decir la catedral de París.

Espero con fruición este momento. El templo lo he visto muchas veces, montado en el autocar, pero a ciencia fija no sé donde está, enclavado, y como la misa en que cantarán será la de las 12 y media y aún no son las diez, hago el propósito de ir a pie, antes consulto varios planos. Podría ir con el metro, pero hay varios trasbordos y a causa de mi vista no me siento capaz de emprender tal aventura. Definitivamente ire a pie y de esta manera gozaré de la vista de los escaparates.

Empiezo la caminata. Estamos en época de elecciones y en varios sitios del trayecto el ayuntamiento ha colocado unos tableros en el que los candidatos exponen su programa y prometen el oro y el moro. Cuando hace media hora que he empezado la ruta procuro situarme, pero como no descubro por ninguna parte las torres de la catedral, me decido a preguntar a un señor de mi edad el objetivo que perseguía, y el buen hombre queda asombrado. Notre Dame está allí abajo, muy lejos y me aconseja que tome el metro. Le doy las gracias y continúo mi paseo a pie. Al cabo diez minutos vuelvo a hacerle la misma pregunta y me contestan en la misma forma. Me doy por vencido y al primer taxi que pasa, le ordeno, con voz autoritaria:

-¡A Notre Dame!

Cierro la portezuela, el auto emprende la marcha y andamos unos diez minutos. Al fin se para delante el ansiado templo. Es de estilo románico pero todas sus piedras son negras como el azabache. Solamente tiene una cenefa de mármol blanco que bordea el conjunto de los dibujos y que forma un bello contraste. Entro en el templo, muy grande y sobre todo muy

elevado de techo. Está completamente lleno de fieles que asisten a una misa que se celebra en el altar mayor, pero está tan lejos que solo advino el sacerdote.

Terminado el santo Sacrificio me acerco más al presbiterio. En aquel momento se renueva el personal. Unos salen y otros entran. La mayoría de los que entran hablan catalán y esto me da mucha alegría. A mi lado se sienta un hombre de unos cuarenta años, acompañado de una niña bastante espigadita y al notar que los dos dialogan en nuestra estimada lengua le pregunto:

- Sois catalán?

- Si señor, de Barcelona

Por su manera de conducirse comprendo que es un rojo exilado. Hace trece años que está en París y se encuentra muy bien. Aquí el obrero tiene plus de vida cara, subsidio familiar, participación en los beneficios, vacaciones pagadas, etc. Yo le digo:

- Igual que nosotros

- No hay comparación, me contesta un poco amoscado

De pronto pasa una señora de figura esbelta y bastante acicalada y mi vecino se levanta y la saluda cordialmente. Al reintegrarse a su sitio me dice:

- No la conocéis?

- Francamente no recuerdo...

- Es la Vda. Companys, nuestro último presidente.

Continuamos hablando y finalmente me dice:

- Répito que yo estoy muy bien en París, pero hablando con franqueza el día que se produzca un cambio de régimen, me vuelvo a España inmediatamente. ¡No hay nada como la Patria!

Yo sonrío beatíficamente. Comprendo que no simpatizamos, pues de pronto, sin despedirse de mí, se levanta él y su hija y se marchan no se donde. An-

tes me había declarado que en aquel día toda la colonia catalana se volcaría en Notre Dame.

Va a comenzar la Santa Misa. A los pocos momentos de haber empezado sus rezos el celebrante, resuenan por aquellas centenarias bóvedas la tierna melodía de la "Pregaria a la Verge del Remei". Es un cántico que me embelesa ya hace años que lo poseemos en disco gramofónico. Pero confieso que esta vez no produce en mi alma el efecto que yo esperaba. Y es que aquellas voces femeninas resultan demasiado delicadas para aquellas bóvedas de piedra tan elevadas y tan venerables. Confieso que he tenido una desilusión.

Pero inmediatamente todo el orfeó entona el "Ave verum" de Saint Saenz y el cambio es completo. Aquellas voces masculinas, robustas de los bajos y de los barítonos combinadas con las femeninas vibran y llenan de notas viriles las naves del venerable templo. Y sigue el Credo de Palestrina, viril enérgico. ¡Que consuelo aporta al ánimo del creyente y como fortalece nuestra fe! Todo esto, es algo difícil de explicar, pues hay que haberlo vivido, pero yo os aseguro que en aquellos momentos me sentí feliz como católico y como patriota, y si hubiese tenido a mi vera al maestro Millet le hubiera abrazado efusivamente.

También cantan la Salve monserratina que cierra con broche de oro aquel hermoso acto de fe y de piedad. La Misa ya ha concluido y empiezan a salir los cantores que estaban situados en el presbiterio. Se dirigen al cerrado del templo donde les sacan una fotografía de conjunto. La gente va saliendo lentamente por la puerta principal, haciendo sus comentarios y tengo la convicción de que hasta los más indiferentes se sienten felices de haber podido asistir a esa manifestación tan cristiana y patriótica.

Subimos al autocard y allí impresionan unas fotografías del interior del coche y de los orfeonistas que estuvieron en París cuando el orfeó vino por primera vez.

Llegamos al hotel y yo voy pensando que feliz sería si hoy nos diesen

para comer un buen plato de arroz a la valenciana. Confiamos. Pero mis ilusiones pronto se esfumaron, pues nos sirvieron: entretenimientos variados, pescado hervido, conejo guisado con patatas y un pastelillo con fresas. Buena comida, tan sólo le faltó el arroz, este plato tan dominguero y tan salado.

Al final de la comida el Sr. Jové nos dá la gran noticia. La hotelera agradecida a nuestra conducta ejemplar nos obsequiará con una copa de vino espumoso. ¡Viva la hotelera! Y en efecto, en el acto empiezan a repartir copas de champan que levantamos en honor de nuestra invicta patrona.

¡Vamos a dar un paseo! Junto con los hermanos Jové, Homs y señora y un tal Gavernet vamos a hacer una visita al Parque de Aclimatación. Pero antes os diré quien es este Gavernet que por vez primera aparece en mis notas de viaje. Se trata de un antiguo orfeonista que hace dos años pasó por la plaza de la Villa de Madrid, cruce con la calle de Canuda, en aquellos días que sorteaban un mobiliario a beneficio de los actores ancianos. Compró casi a desgana un número de la rifa, por el que pagó tres pesetas, y ¡oh azares de la suerte! al cabo de unas semanas salía premiado con el primer premio, consistente en un rico mobiliario, valorado en más de 100.000 pesetas.

Este parque está bastante lejos de nuestro hotel y hemos de tomar dos metros; en conjunto un recorrido de 15 kilómetros cruzando la friolera de 17 estaciones. Con este viajecito pude examinar detenidamente el Metro de París. Efectivamente, la red de comunicaciones, es admirable y abarca todo el perímetro de la ciudad y sus alrededores, pero nuestros metros sin duda por ser más modernos tienen mejor presentación y están mejor alumina-

dos. Llegados a la meta, salimos al exterior, y allí, muy cerquita, encontramos la entrada del parque. Una multitud se afana para poder entrar. El

paseo por los jardines es gratuito, pero para visitar la colección zoológica hay que abonar 20 frs. Entramos y en el acto nos encontramos con la sección de loros, papagayos y cacatuas, colocados en trapecios individuales, mecidiéndose muy ceremoniosamente y luciendo sus colores abigarrados. Estos individuos deben ser ya algo viejos. Así lo demuestra el ropaje de sus plumas que da la sensación de una cosa algo "demode".

Vienen las focas, tan escurridizas, entrando y saliendo del agua. Los dromedarios con su joroba; el hipopótamo siempre tan feo, metido también en el agua; las cobras tan elegantes con su vestido de mil rayas; los ciervos con sus cabezas adornadas con ramas de árbol; los chimpancés, antipáticos con sus gestos; la sección de elefantes, grandes y pequeños, etc.

Lo interesante de esta colección es que los animales parece que están en libertad, pues no hay ninguna verja que los guarde. Solamente hay un foso lleno de agua que no son capaces de atravesar.

Pero cuando llegamos a los tigres, panteras, hienas, leones, se conoce que no inspiran tanta confianza ya que estos están colocados en jaulas con sus barrotes de hierro. Pero confieso que la estancia en este departamento, es insuportable. Es tal el hedor que despiden estos animales que resulta imposible permanecer allí cinco minutos. Seguramente que se cogería un vahido y caería desmayado.

Pasamos un par de horas contemplando estos bichos, hasta que al fin, un poco rendidos optamos para volver a nuestro hotel, utilizando la misma combinación de metros. Entramos en el hotel, y como ya es demasiado tarde para ir a la iglesia, rezo el Rosario en la soledad de mi celda. Después descendiendo de mi sexto piso y como es hora de yantar me siento a la mesa. La minuta de hoy se compone de puro de guisantes, muy fino y delicioso, patatas con carne, platano y quesito.

Hay orden tajante de que nadie salga del hotel -se entiende los orfeonistas- y la juventud se divierte cantando o bailando.

A las nueve y media me retiro a mis soledades y a los pocos minutos

duermo como un lirón. Alguien se extrañará de que siempre duerma tan bien y ahora que estamos casi al final de esta verídica historia, os voy a contar el secreto. En primer lugar durante el día voy algo cansado, pues aun que utilice el autocard no deja esto de representar una especie de ejercicio corporal. Por otra parte las noches de París, al menos en este mes de junio, son bastante frescas y yo duermo con la ventana abierta. Solo os dire que por la madrugada tengo que subirme las sabanas hasta el cuello.

No quiero ir a la cama sin daros una noticia que os alegrará, sobre todo a la juventud. Hoy ha sido un día de muchas bodas en París. He visto tres en diferentes zonas y ahora os voy a contar como se forma el cortejo nupcial. Primero los novios el vestido de negro y ella de blanco, pero con una cola larguísima que sostienen dos crios muy pequeñitos. Después siguen los parientes y amigos en número considerable, perfectamente alineados. Pero la nota más típica de estas bodas es que van a pie, sin utilizar ningún coche ni auto. Se comprende que los han suprimido. Yo no sé de donde vienen ni a donde van, pero mucho me temo que la mayoría no han entrado en la iglesia. Todo lo más han pasado por la tenencia de alcaldía.

Señores: Hasta mañana.

9 de Junio

Abro los ojos a las cinco y cuarto de la mañana y advierto que está llovisnando. Hago mis abluciones y sin hacer caso del agua que cae del cielo me voy a la iglesia de San Vicente Paul. Asisto a la Santa Misayra y a la visita del Buen Jesús con mas fervor que nunca, ya que mañana lo podre recibirlo a causa de nuestra marcha hacia Barcelona. Me da la comunión un sacerdote inglés.

Hoy se comerá temprano, pues todo hemos de preparar la maleta. Desa-

yuno y salgo a dar un paseo, seguramente el último que hare por esta capital. A las doce ya estoy en el hotel en donde nos dan para almorzar: Encurtidos, jamón y sardinas, patatas y conejo, fruta y pastel. Habeis notado sobre todo las señoras que nos escuchan, que nuestras comidas con casi siempre a base de carne. Claro está que las patatas son presentadas en diversas formas, en puré, guisadas, fritas, enteras, etc. y esto me recuerda una anécdota que nos contaba el conocido escritor Arturo Masriera. Era estudiante y junto con otros compañeros vivía en una pensión un poco modesta. y la patrona que tenía que hacer sus cuentas invariablemente en cada comida les daba como segundo plato bacalao. Un día era frito, otro en escabeche, otro con tomate, otro hervido y con mahonesa, pero la base del plato no cambiaba, siempre se componía de bacalao.

Y un buen día se presentaron en actitud un poco levantisca y dijeron a la patrona que aquello no podía continuar y que si no cambiaba aquel plato único se irían con la música a otra parte. La patrona les escucho sonriente y prometió atender el ruego.

A la mañana siguiente todos esperaban haber que pasaría, mejor dicho, que se les daría. Y aquella buena señora les dió una cosa muy buena, muy rica al paladar, pero que por mas conjeturas que hicieron no pudieron adivinar de que se trataba. Era carne blanca? Era pescado del Danubio? Imposible adivinarlo. Pero uno de los estudiantes, el más astuto y pillín de todos, lo olió, lo mordisqueo y mascándole con parsimonia y solemnidad dijo sentenciosamente a los comensales: "Te conozco bacalao aunque vengas disfrazado". En efecto era bacalao pero muy bien disfrazado.

Pues bien en nuestro hotel, wada día nos daban carne y patatas, pero todo tan bien aderezado que nunca escuché la más leve protesta. Al contrario que un compañero de mesa hacía un día el paregírico de aquella ternera tan tierna, tan sabrosa que nos daban y un amigo suyo le dijo:

- Pero tu te has creído que comes ternera infeliz?

- Si, muy fina y muy sabrosa.

- No seas tonto Pepet. Esto es simplemente carne de caballo, y posi-

blemente asno del río Seña. ~~El pobre~~

El pobre hombre quedó aterrado, y desde entonces antes de ponerse la carne a la boca, la olfateaba, le daba vueltas con el tenedor y, finalmente, con cierta repugnancia.

Aquel día, al final de la comida un individuo pasó la batea por si queríamos dar algo a las camareras, pero con carácter voluntario, pues sabido es que con carácter oficial ya percibían el 12%. Muy amable me dijo que podía dar la voluntad.

- Es que no me quedan más que 10 frs.

- Es igual, lo que quiera

Y entregué los últimos 10 frs. que me quedaban, Pero a los pocos momentos me viene a encontrar y me dice que todos han dado 100 frs.

- Ya le he dicho que no me quedan más

Y se fué refunfuñando. Después de comer subí a mi cuarto y hago una siesta bastante prolongada. Mañana nos vamos y hay que acumular fuerzas para resistir el viaje. Hacía una hora que estaba descansando cuando advierto que llaman a mi puerta. Quién será que viene a turbar mi retiro? Habro con cierta expectación y compruebo que es la doncella del hotel que viene a arreglar la habitación. Me siento en la mesita y voy tomando notas, pero simultáneamente voy dialogando con la joven camarera. Es una buena muchacha, de alma simple sin ninguna pretensión, pero bastante graciada y sobre todo muy simpática por su ingenuidad. Nuestra conversación se desenvuelve en un ambiente de camaradería.

La pregunto de donde es oriunda, cuantos años tiene, si tiene padres, etc. Ella va contestando y también me hace sus preguntas. Y al saber que soy de Barcelona, me dice que es una ciudad grande y hermosa y que quizás la visite durante las próximas vacaciones.

Y la veo tan buena y tan sencilla que me despido efusivamente de ella correspondiendo por su parte en la misma forma. Después se marcha discretamente.

Cenamos temprano porque hoy damos el último concierto bastante comprometido ya que se trata de ejecutar la Misa en si menor de Bach, que en

Paris ya ha sido interpretada por otras masas corales, y conforme se comprenderá se establecerán comparaciones. La interpretación ira acompañada de un centenar de músicos.

A la hora de siempre nos trasladamos al Palais Chaillot. La localidad que me entrega Carlos dice "balcón" yo pienso que será una entrada de palco. Entrego mi billete a la acomodadora, y esta empieza a subir la gradería hasta llegar a la penúltima fila casi tocando a la pared. La butaca es de la misma calidad que las de platea, cubierta de terciopelo del mismo color, y por mi parte, confieso que no me sabe mal aquella colocación que me permitirá oír desde un sitio nuevo el concierto de hoy.

Con exactitud matemática salen los orfeonistas por el orden de siempre, y al final aparece el maestro Millet de figura severa con su elegante terno. Y empieza la ejecución de la magna obra en medio de un silencio sepulcral. Realmente, el concierto de hoy es algo muy serio y diferente de los anteriores. Hoy no se interpretan canciones populares en primera audición, sino al contrario, se trata de una obra clásica, erizada de dificultades y conocida por muchos de los que la escuchan. Comprendo que el Maestro ha de estar un poco nervioso y un tanto alerta para evitar cualquier tropiezo que tendría consecuencias muy lamentables.

Pero Millet actúa con una precisión admirable y los orfeonistas siguen como un imán las directrices de su batuta. Nuestro orfeo está también insuperable y todas las voces, sin excepción, suenan admirablemente, en especial los bajos que producen verdadera emoción.

El público que invade completamente la gran sala, y que en su mayoría es parisien, escucha con gran atención la labor de nuestros hermanos y al terminar una parte de la misa, aplaude fervorosamente. Yo estoy completamente transformado y casi perdida la noción de mi ser. No sé si estoy en el Palacio de la Música de Barcelona o en el Palais Chaillot de París. Solamente sé que estoy gozando de emociones espirituales imposibles de

describir, como nunca las había experimentado y que en aquel momento, me siento tan feliz que me parece que estoy en otro mundo.

Y es que nuestro orfeo no es una masa coral, no. Sencillamente es un gran órgano, tan admirable, tan perfecto en todos sus detalles, que oyéndolo se llega a tener la sensación de que el factor "hombre" se ha esfumado y sólo quedan unos efectos musicales, tan puros, tan deliciosos, tan fundidos en su conjunto como no podía llegar a soñar el músico más exigente.

La ejecución de la misa se desarrolló con este ritmo, y así no es de extrañar que el final fuera algo apoteósico. Los aplausos ensordecían los oídos y aquellas paredes del Palais Chaillet con sus repercusiones acústicas aumentaban aún más la majestad del momento. Yo no sé cuanto duró la explosión de aquel entusiasmo, pero tengo la impresión de que el maestro Millet se le ocurre repetir toda la misa el público no se mueve de sus butacas.

Me han asegurado que la crítica de la prensa fué muy elogiosa para nuestro orfeo y su inteligente director, y que un gran crítico musical afirmó en cartadirigida al maestro Millet que él había escuchado esta misa en Leipzig, pero que su ejecución no podía parangonarse con la interpretación que le había dado nuestro glorioso orfeo.

Fué una noche triunfal para Cataluña y yo me siento feliz y doy gracias al Altísimo por haberme deparado la feliz coyuntura de haber podido vivir estas horas tan puras y saturadas de sabor artístico. Son cosas que no se olvidan por mas años que uno viva.

Tome el auto en compañía de los orfeonistas de mi grupo y por el camino iba pensando: "José María, hoy si que no podrás dormir. Tu espíritu está demasiado saturado de sensaciones nuevas y tus nervios están descen-trados. Hoy no dormirás". Pero me equivoque completamente.

A las doce me tendía en la cama e inmediatamente me dormía como un bandido, pero tan rápidamente que no tuve tiempo de rezar las acostumbra-

das avemarias a nuestra Santísima Madre. "Signori, buone notte"

10 junio

Hoy es el día de nuestra marcha. Regresamos a nuestra casita, a nuestros patios lares donde nos espera la familia ansiosa de volvernos a ver y escuchar nuestras impresiones. Prepararemos, pues nuestras cosas. Por lo intempestivo de la hora no puedo ir a la iglesia.

Desayunamos prontito, porque a las siete y media sale nuestro tren y es conveniente que mucho antes nos encontremos en la estación de Austerlitz. El autocar cuida de transportarnos. En la estación nos reparten una bolsa de viaje que contiene: una botella de agua mineral y otra de vino. Un buen pedazo de jamón, una tortilla de 2 huevos, un quesito Gerve, fruta y una servilleta de papel. ¡Ah, y dos panecillos dorados!, tentadores, crugientes. En mis viajes he comprobado que el registro de esta bolsa es una cosa esperada, hasta para el hombre mas frío y acostumbrado a viajar. Ella inunda de felicidad y alegría a los viajeros y es uno de los éxitos del viaje.

Nos despedimos de la "Ville Lumière" y el tren con su majestuosidad característica emprendió una marcha acelerada. Era de tracción eléctrica y andaba muy ligero y las casitas y los árboles y todo el paisaje cruzaban vertiginosamente ante nuestra vista. Llegamos a Cervere cerca las 10 de la noche y seguidamente nos trasladaron a Port-bou. Allí estuvimos entretenidos mas de una hora con el visado de los pasaportes, revisión de equipajes y formación del tren especial, el cual en tres horas nos transportó a nuestra querida Barcelona.

Y aquí es donde me esperaba la gran sorpresa del viaje. Cuando menos lo esperaba por lo avanzado de la hora se presenta ante mis ojos la figura gallarda de mi hermano Florencio, quien muy amablemente, se apodera de mi majeta a pesar de mis protestas deambulando por las calles de Santa

María y cambiando impresiones llegamos a nuestra casita de la calle de Vertrallans donde después de saludar a mis célicos protectores : Sagrado Corazón de Jesus, Virgen del Carmen, Nino Jesus, San Antonio y Santa Gema, me metí en la cama, aquella cama única en el mundo, que hace 42 años que me acoge amorosamente y me dormí tan placidamente, que no me desperté hasta las nueve de la mañana, hora en que me levante y me fui a mi querida Parroquia de Santa Ana donde asistí al Santo Sacrificio de la Misa y recibí la caricia de Jesus Hostia.

A la mañana siguiente empezaba, mejor dicho reanudaba mi vida de trabajo como si no hubiese pasado nada. ¡Loado sea Dios!

Impresión final

París me ha gustado mucho. Es una ciudad vieja pero estructurada, mejor dicho, proyectada con vistas al porvenir. Por esto sus calles son anchas, muy dilatadas, sus plazas deliciosamente concebidas en forma radial que produce hermosas perspectivas. Abundan los espacios verdes y los monumentos y los grandes edificios. Sus iglesias son grandes, magníficas, aisladas de las edificaciones contiguas que en lugar de asfixiarlas les sirven de contrastes.

Tiene abundantes parques muy bien cuidados, cada uno con sus características especiales que le dan un sello particular, muy atractivo y simpático.

Cuando yo me marché a París hubo personas que les pareció que iba a visitar Sodoma y Gomorra, es decir que iba a vivir en la ciudad del pecado y hoy, después de haber pernoctado 8 días en él, puedo declarar sinceramente que en cuestión de moralidad está a la misma altura que Barcelona. Muchas mujeres van sin medias, pero muchas, no. Muchas van sin mangas, pero abunda mas quizá las que las llevan cortas. He visto alguna pareja deambulando por la calle, dándose besos sin cesar de andar, pero

en Barcelona también hemos visto algún caso similar.

Claro que yó, gracias a Dios no he visto el lado pecaminoso de la gran ciudad, ni tampoco he buceado en los entres del vicio, pero supongo que en mas o menos escala también existieran en nuestra ciudad, aunque no tengo rubor en confesar que yo no he visto nada y vivo en el limbo.

Las iglesias que he frecuentado, a pesar de ser dias laborables, estaban bastante concurridas. Y en muchas se rezaba la misa dialogada con el sacerdote y comulgando muchos fieles.

Yo confieso que tengo un buen recuerdo de París y comprendo que es una ciudad perfecta, atrayente, admirable y sugestiva, pero esto no quiere decir que menosprecie a nuestra querida Barcelona. No, Barcelona también es muy bonita y esto lo afirmo después de haber visitado Madrid, Roma, Lisboa y París. Y confieso que una cosa similar a nuestras Ramblas no la he visto en ninguna parte. Y la Granvía, Diagonal, Rondas, y el Paseo de Gracia son cosas estupendas difíciles de superar, e incluso nuestro ensanche tan criticado por su cuadrícula, tiene algo de impresionante, conforme ya me lo había manifestado algunos forasteros en su visita a Barcelona.

De manera que París es muy grande y muy hermoso, pero nuestra estimada Barcelona, sin ser tan grande, y lo es mucho, es también muy bonita y deliciosa.

Festividad de San Jaime
1953

José Ma Virgili

en Barcelona también hemos visto algún caso similar.

Claro que yo, gracias a Dios no he visto el lado pecaminoso de la gran ciudad, ni tampoco he buceado en los antros del vicio, pero supongo que en mas o menos escala también existiran en nuestra ciudad, aunque no tengo rubor en confesar que yo no he visto nada y vivo en el limbo.

Las iglesias que he frecuentado, a pesar de ser dias laborables, estaban bastante concurridas. Y en muchas se rezaba la misa dialogada con el sacerdote y comulgando muchos fieles.

Yo confieso que tengo un buen recuerdo de París y comprendo que es una ciudad perfecta, atrayente, admirable y sugestiva, pero esto no quiere decir que menosprecie a nuestra querida Barcelona. No, Barcelona también es muy bonita y esto lo afirmo después de haber visitado Madrid, Roma, Lisboa y París. Y confieso que una cosa similar a nuestras Ramblas no la he visto en ninguna parte. Y la Granvia, Diagonal, Rondas, y el Paseo de Gracia son cosas estupendas difíciles de superar, e incluso nuestro ensanche tan criticado por su cuadrícula, tiene algo de impresionante, conforme ya me lo había manifestado algunos forasteros en su visita a Barcelona.

De manera que París es muy grande y muy hermoso, pero nuestra estimada Barcelona, sin ser tan grande, y lo es mucho, es también muy bonita y deliciosa.

Festividad de San Jaime
1952

José Ma Virgili

Mason 11 ole Jet